

DIPLOMA SUPERIOR EN

CIENCIAS POLITICAS

CON MENCIÓN EN ASUNTOS LATINOAMERICANOS

FLACSO-ECUADOR 1987-1988

T E S I S: EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO:
EL PROCESO DE DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA
MARXISTA ECUATORIANA DURANTE LA DECADA DEL
SESENTA, ANALIZADO A TRAVES DEL DISCURSO
POLITICO.

ADRIAN BONILLA

DIRECTORA: Amparo Menéndez Carrión

LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA EN LOS AÑOS SESENTA

C O N T E N I D O

PREFACIO

INTRODUCCION

I. PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

1. Saussure y Roland Barthes
2. Foucault
3. Laclau, Veron y de Ippola
4. Conclusión

II. LA RUPTURA DISCURSIVA DEL SESENTA, ANTECEDENTES Y CONTEXTO LATINO-AMERICANO

1. Socialismo y Comunismo. Antecedentes Generales
2. La diferenciación en América Latina
3. Conclusión

III. LAS VERTIENTES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA

1. Descripción de las dinámicas
2. Conclusión

IV. LOS OBJETIVOS DEL DISCURSO. LOS PUNTOS DE ESCISION

1. La caracterización de la sociedad
2. Los sujetos del proceso de transformación
3. La vía de la revolución
4. Conclusiones

V. CONCLUSIONES GENERALES. FUNCIONES DEL DISCURSO Y PROSPECCION

1. La producción de la creencia en la percepción de la sociedad
2. Una perspectiva desde el sistema interamericano

3. Elementos para la consideración de las expectativas el discurso
de contestación y violencia.

APENDICE METODOLOGICO

BIBLIOGRAFIA

P R E F A C I O . -

Este trabajo es el resultado de una serie de inquietudes que pudieron encontrar un cauce de sistematización en el diploma superior en Ciencias Políticas con mención en asuntos latinoamericanos, organizado por FLACSO en las años de 1987 y 1988, el mismo que fuera dirigido por Amparo Menéndez Carrión. En este curso distintos alumnos con diverso origen profesional pudieron confrontar su experiencia previa a una disciplina prácticamente desconocida en el Ecuador. Efectivamente, a veces motivados por usos instrumentales, por realidades adyacentes a cada uno de nosotros, fuimos conociendo una serie de premisas que empezando por enfatizar en la autonomía de lo político, en términos relativos, respecto de la sociedad y, terminando con un proceso colectivo de aprendizaje, sirvió para lanzar puentes entre las distintas especializaciones que portábamos. Sin mis compañeros de posgrado y sin el espacio del curso, este trabajo jamás se habría producido.

Tuve la suerte de recibir clases de profesores destacados, pero también la fortuna de que esta tesis sea dirigida por Amparo Menéndez Carrión, cuya inaudita prolijidad provocó un universo de sentimientos contradictorios que al final se transformaron en gratitud. Mi reconocimiento también para Bruce Bagley por sus comentarios, sus clases y su confianza.

Agradezco a todas las personas que colaboraron con este trabajo. A quienes generosamente me concedieron entrevistas para desentrañar una época que había sido fundamental en sus vidas, a todos mis profesores de FLACSO, y a los amigos que se interesaron en el trabajo y me proporcionaron datos o ideas, de entre ellos, quiero mencionar a Alexei Páez.

Finalmente, sin Esperanza Martínez, quién si no es ahora un avatar, sin duda ascenderá a los cielos alguna vez, no sólo que no hubiese escrito este trabajo, sino que nunca hubiera hecho nada, de lo cual dejo constancia porque a los ángeles no se les agradece.

Quito, agosto de 1989.

INTRODUCCION:

La izquierda marxista, en sus diferentes manifestaciones, es un proyecto político que pese a su diversidad, a su historia contradictoria, a su limitada inserción en el seno de la sociedad, tiene una presencia real de más de sesenta años en el escenario político ecuatoriano. Su influencia vista en esta perspectiva no ha dejado de impregnar huellas en procesos atinentes al Estado y a las instituciones, no solamente desde los procesos de cambio en los que intervino, casi desde su fundación: modernización institucional subsiguiente a la revolución juliana, leyes sociales e instituciones de asistencia en las décadas del treinta y del cuarenta, inclusión de sectores sociales periféricos, tales como el proletariado o el mismo movimiento campesino indígena, este último sobre todo a partir de los años sesenta, sino que su presencia puede rastrearse en términos de un hecho relevante y comparable a lo largo de América Latina, admitiendo que existen diferencias de peso social y político en las distintas formaciones sociales de la región.

Podrían señalarse otros elementos que justifican la elección de este actor como relevante para la comprensión de nuestro proceso político; algunos culturales, tales como su inserción en la institucionalidad educativa intelectual del Ecuador, o su influencia en la formación de actores directos, independientemente de que muchos de ellos ya no suscriban esta forma de pensamiento; sociales por ejemplo, su inserción en los más importantes sectores subordinados de la población

movimiento sindical, especialmente, aparte de su rol político, que es el objeto de estudio, a través del discurso, en este trabajo.

Es precisamente la diversidad de la Izquierda, la que da cuenta de un proceso histórico pertinente a nuestras realidades. De hecho las contradicciones y diferencias de los sectores izquierdistas revelan la interacción de ese pensamiento, con los problemas de la sociedad, a través de prácticas concretas. El discurso puede ser, un puente para indagar esas relaciones porque en sí mismo es una práctica societal, relevante precisamente por esa perspectiva, independientemente de que las otras prácticas políticas le sean correspondientes a los enunciados. Lo que interesa aquí es analizar las condiciones en que se desarrolla el proceso de la enunciación para inferir las relaciones políticas y societales de la corriente, con el entorno histórico en el que opera.

Se ha escogido la década del sesenta para observar las transformaciones de la izquierda marxista a través de su discurso, porque los hechos históricos que la contextualizan determinan la existencia de un momento que podría ser catalogado como refundacional. Efectivamente, agotadas las expectativas de una época, un hecho externo catalizaría las contradicciones y divergencias endógenas: La Revolución Cubana, que vuelve a poner en el centro del debate político marxista latinoamericano, la cuestión de la posibilidad de la revolución como algo cierto. Las contradicciones pre-existentes en los distintos

partidos encuentran en ese referente la salida para expresarse libremente a través de espacios de participación política nuevos.

El caso es que este proceso implica un debate interno, la exposición de prácticas políticas en el escenario aledaño a la izquierda marxista, y una diferenciación discursiva que distingue la presencia de tres corrientes fundamentales, las mismas que identifican aún las divergencias de las organizaciones marxistas: una tendencia comunista, heredera de la tradición cominterniana, una escisión maoista que se constituye en una vertiente diferente, y una corriente de socialistas radicalizados, expresada en varias organizaciones.

Para reconstruir el discurso de la izquierda marxista de la década del sesenta se recurrió a los documentos oficiales de los partidos estudiados: Partido Comunista, Partido Comunista Marxista-Leninista, Partido Socialista Revolucionario y Movimiento de Izquierda Revolucionaria, tanto a aquellos de la época como a otros relevantes para comprenderla, así como algunos que la comentaban. En el caso del MIR hubo que hacer entrevistas a dos ex-dirigentes de la época, y a un militante de base que fue testigo privilegiado de las decisiones de la izquierda por más de veinte años.

El proceso en el cual estas vertientes llegaron a diferenciarse puede ser rastreado a lo largo de los documentos y fuentes teóricas de cada una de las tendencias históricamente, por momentos, a lo largo

de casi diez años. En este ejercicio se advertirán también las relaciones de la izquierda marxista partidaria ecuatoriana, considerada como conjunto, con el escenario político en el que actúa, así como las complejidades y contradicciones en el terreno de la producción de la creencia -efecto ideológico- de las vertientes que la conforman.

Finalmente, se confrontará ese discurso con categorías analíticas de las ciencias políticas para advertir sus funcionalidades en el terreno el sistema interamericano, y en procesos de inclusión o de representación de intereses en conflicto que puedan instrumentalizarlo para legitimar formas violentas de participación política.

La indagación fue abordada de la siguiente manera: primero, ubicar en términos teóricos la noción de discurso político a fin de justificar las categorías con que se operará que son básicamente el concepto de discurso como práctica societal, y la posibilidad de que el estudio de las condiciones de su enunciación, en relación con la lectura histórica de los enunciados, otorguen elementos para la comprensión de la dinámica más amplia en que el enunciador -en este caso la izquierda marxista partidaria ecuatoriana- se relaciona con la sociedad, y específicamente con el sistema político.

Con estos elementos se hizo un ejercicio de contextualización respecto de las fuentes latinoamericanas que alimentan los nuevos discursos, durante el proceso de diferenciación de las vertientes -la década

del sesenta-, así como de la dinámica inter-izquierdista en el Ecuador, para confrontar los resultados con otros intentos de clasificación de tendencias de la izquierda marxista y justificar la clasificación que es utilizada para diferenciarlas: tendencias comunistas, maoísta y socialista radical. El paso siguiente fue analizar las diferencias en la lectura del discurso partidario a partir de tres ejes analíticos: la caracterización que las distintas tendencias hacen de la formación social ecuatoriana, la inferencia que a partir de esa reflexión obtienen para descubrir los agentes sociales -las clases- que aquellos perciben (desde sus propias categorías), relevantes al proceso político ecuatoriano, y finalmente las prácticas que proponen como instrumentos de participación cuyo debate está condensado por un elemento central: las formas de adhesión o no al discurso de la lucha armada.

El objetivo de este trabajo, que aparece a lo largo de todo texto, es deducir las relaciones que rodearon al proceso de enunciación y evaluar críticamente el discurso desde perspectivas metodológicas provenientes de las ciencias políticas.

En el acercamiento al objeto de estudio hay una metodología que comparte varias escuelas pero que enfatiza el estudio de las relaciones en la perspectiva de un sistema que está condicionado por juegos de hegemonía y polos de tensión estructural, en donde operan actores sobre hechos concretos, frente a decisiones igualmente concretas,

pero cuyo origen es básicamente histórico.

Si bien el autor parte de premisas metodológicas y teóricas preconstituídas, que se advierten y se explican varias veces en el texto, se ha procurado el necesario distanciamiento para evitar sesgos personales de carácter ideológico, ni intención ideológica alguna en la exposición de los hechos y los procesos, sino un acercamiento que en la medida de lo posible y de todas las limitaciones, intenta partir solamente de categorías analíticas con rango teórico y científico; es decir se trata de un intento de sistematización de una dinámica que parte de evidencias constatables y de acercamientos teóricos coherentes.

Esta tesis tiene cinco capítulos y un epílogo. En el primero se habla de distintas perspectivas teóricas para la comprensión del discurso político; en el segundo de los antecedentes en el contexto de la ruptura de las vertientes marxistas en la década del sesenta; en el tercero, se describe el proceso de diferenciación en el Ecuador, en el cuarto se hace un ejercicio de lectura del discurso con los elementos aportados en el curso de los capítulos anteriores, en el quinto se reflexiona en el discurso como expresión de la dinámica de participación política de la izquierda marxista durante aquella época, y en el epílogo se especula sobre los elementos que la década del sesenta otorgó para comprender a ese actor en la actualidad y en la prospección.

Finalmente, hay un sesgo analítico que atraviesa todo este trabajo, y es el poder hacerlo pertinente y comparable a otros procesos latino-americanos, en la medida de que una de las premisas sustentadas es que el marco temporal, la dinámica específica, y los enunciados analizados, corresponden a procesos ocurridos a lo largo de América Latina; no sólo eso, hay evidencias similares de problemas estructurales y culturales, que nos identifican por encima de todas las diferencias singulares.

La utilidad de este trabajo es contingente al lector. Para el autor fue la posibilidad de desentrañar un tiempo y un actor que siempre le habían fascinado. Sin embargo, desde la propia izquierda este trabajo podría ser asumido para comprender algunas de las prácticas que le atraviesan y que pueden constituir parte de sus límites para disputar papeles centrales y hegemonías en el escenario político; así, como desde otras perspectivas, pueden encontrarse también elementos para levantar una serie de prejuicios sobre el actor y entender, además, los propios límites del sistema político ecuatoriano y de sus procesos de integración.

C A P I T U L O I

I. PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

1. INTRODUCCION.-

A fin de establecer los conceptos necesarios para el análisis del discurso político marxista, es pertinente hacer un seguimiento general de las distintas nociones que se ha manejado en el proceso de sistematización del discurso político. Por ello habrá una referencia a Saussure para establecer un inicio de sistematización relevante al desarrollo contemporáneo de la teoría. A partir de la consideración del lenguaje como un hecho social, Saussure atribuye valores -en un sentido más económico que axiológico a las palabras- al considerar que los signos expresan ideas que pueden equiparse con otras a través de las palabras. De este modo surge una teoría fundamentada en lo que él llama "economía política del signo" que encuentra una estructura, la misma que determina el comportamiento del signo y es el espacio donde se producen los valores que éste porta. A pesar de que esta noción ya ha sido superada es necesaria para entender que el lenguaje es un hecho remitible a la sociedad, y su estudio implica la posibilidad de acercarse también a ella.

Roland Barthes, que es otro autor al que se hace referencia en este capítulo plantea una crítica global a los planteamientos saussurianos que abren la puerta para operar con los conceptos de Foucault. Efectivamente Barthes supera la percepción estructural de Saussure, al

plantear que la economía de los signos existe luego de una función previa e histórica del lenguaje que reconstruye al conjunto de relaciones sociales y básicamente de poder. El tema es retomado ampliamente por Foucault, de quién se hará una breve reseña para argumentar la posibilidad teórica de operar con el discurso como un referente válido para el análisis de procesos históricos y sociales, concretamente de procesos políticos, a partir de la consideración del discurso como práctica societal capaz de ser pensada como un espacio de condensación de las otras prácticas sociales, y al discurso político como una condensación -precisamente- de las prácticas políticas y por lo tanto de las relaciones existentes en un sistema.

A partir de estos elementos, desde la percepción de tres autores contemporáneos se hará un seguimiento teórico de la especificidad, formas y espacios de producción del discurso político, así como se constituye y participa en la constitución de actores políticos. Se diferenciará al mismo de nociones como "ideología" y se procurará demostrar que su rango teórico rebasa el espacio de las "superestructuras". Para el efecto se articulan tres autores fundamentales: Eliseo Veron, Emilio de Ippola y Ernesto Laclau.

Los dos primeros que trabajan con categorías relativas a las condiciones de origen y reproducción del discurso, así como para el establecimiento de conceptos específicos a ese proceso; y el último que opera entre las relaciones de la base estructural y la política a través de un elemento común: el discurso político, cuyas funciones, en el

terreno de la política son analizadas desde una perspectiva neogramsciana, para definirlo como una práctica articuladora que, desde un actor, atravesado por las tensiones de polos estructurales, cumple funciones en la constitución de la hegemonía de un sistema político.

Estas nociones previas servirán para entender que el proceso de enunciación del discurso, en este caso de la izquierda marxista ecuatoriana, puede dar cuenta de su contexto histórico y societal, en tanto práctica que por sí misma es capaz de expresar las dinámicas que le originan y de las que forma parte.

2. PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

Nota preliminar.-

La pertinencia del análisis del discurso político como referente válido para la comprensión de la realidad, ha sido cuestionada por la existencia de un lugar común que descalifica a las "palabras" contraponiéndolas con las "prácticas". Esto obedece a una confusión teórica: pensar el análisis discursivo en función de sus enunciados.

En este capítulo se abordarán varias escuelas analíticas y diversas proposiciones teóricas con la finalidad de intentar de despejar esta confusión, y constituir al discurso político como un objeto, como una "Práctica social" cuyo análisis implica pensar en las condiciones sociales que rodearon a su producción y, por lo tanto, en la consideración de él como un referente de esas mismas condiciones para intentar descubrir que no es sólo un instrumento que traduce o expresa las dinámicas de los sistemas sociales y políticos, sino también una dinámica en sí mismo, un medio y un espacio de transformación, de contradicción y conflicto.

Estas consideraciones pretenden justificar, además, el uso del discurso como una relación societal que, condensando históricamente a otras, sirva para explicar más amplios procesos de la sociedad, mientras que la especificidad del discurso político, dará cuenta del escenario, actores y relaciones políticas.

Perspectivas desde el lenguaje

Para Saussure el lenguaje funciona como un sistema de relaciones; por lo tanto su dimensión social se da por el hecho de que expresa valores que se levantan sobre equivalencias colectivos. Es precisamente este carácter -social- lo que explicaría al lenguaje, son sólo como la articulación de distintos signos que portan un significado y que son usados por los hombres, sino que en sentido inverso, son las necesidades de los hombres las que definen el rol fundamental a partir de su función comunitaria.

Sin embargo, Saussure otorga autonomía al lenguaje, desde el punto de vista analítico, y lo caracteriza como algo diferente a otro hecho social o material:

"Otras ciencias operan sobre objetos dados de antemano y que uno puede considerar después desde distintos puntos de vista; en nuestro dominio, nada parecido...Lejos de que el objeto preceda al punto de vista, diríase que es el punto de vista el que crea al objeto".(1)

Ampliando este razonamiento, el lenguaje está atravesado por todas las relaciones que a su vez, forman la complicada trama en la cual los hombres desarrollan sus intereses, superando de este modo la concepción profana que lo ligaba indisolublemente al pensamiento.

(1) (Citado en Barbero, 1978, 57).

Lo que hace Saussure es plantear una premisa epistemológica: a partir de su sociedad, el lenguaje tiene que ser explicado desde sus propias leyes, pero al mismo tiempo revela la dinámica más amplia de la que proviene.

Pero el lenguaje en sí mismo es una forma, un sistema que se levanta sobre signos, los cuales a su vez son relaciones específicas entre significantes y significados, relaciones que a su vez son arbitrarias pero que -siendo sociales- implican valores, cuyo estudio contruye el objeto teórico de Saussure: la lengua concebida como un sistema de valores (relaciones de significación), susceptibles de ser observados, comparados, con leyes de funcionamiento a ser abstraídas:

"Dos factores son necesarios para la existencia de un valor. Así, para determinar lo que vale una pieza de cien francos hay que saber: 1. que se la puede intercambiar por una cantidad determinada de una cosa diferente, por ejemplo pan; 2. que se la puede comparar con un valor similar del mismo sistema, por ejemplo un franco con un dólar. Del mismo modo una palabra "puede ser comparada con otra cosa de su misma naturaleza: otra palabra". (2)

Puesto que la lengua supone la interacción fundamentalmente de "valores", Saussure considera lícito concebir una teoría que dé cuenta de la "Economía Política de signo", atribuyendo a la sociedad la dinámica que genera esos valores:

(2) (Saussure, 1969, 71).

"Es que aquí (en la lingüística) como en Economía Política se está frente a la noción de valor; en las dos ciencias se trata de un sistema de equivalencias entre otras diferencias: en la una un trabajo y un salario, en la otra un significado y un significante". (3)

Pese a que Saussure no llega a fundamentar una teoría sobre el discurso, su reflexión es básica en esta construcción no sólo porque rompe con las percepciones metafísicas, las mismas que son previas a los intentos de sistematización del lenguaje /son pre-teóricas/ y que le otorgaban a éste orígenes distintos de la sociedad: don divino, característica de la "naturaleza humana", etc, otorgándole el status de relación social autónoma, sino porque es central para las versiones posteriores, por ejemplo las estructuralistas o las foucaultianas.

Saussure reivindica el lenguaje como "forma" y sienta premisas para entender esa forma como una posibilidad de condensar procesos históricos y sociales. Teóricamente la "forma" alcanza un nuevo status, que ya no perderá en el futuro.

Ahora bien, Saussure no alcanza a describir la heterogeneidad del referente social que generará "los valores". La sociedad es concebida como un concepto homogéneo que se corresponde con el signo, o sea como una "estructura" que determina el comportamiento de aquel. Según Roland Barthes, por ejemplo, el planteamiento de Saussure es

(3) (Ibid. p. 126).

extremadamente limitado porque da cuenta de una parte mínima del lenguaje: los signos, sin reconocer que las palabras expresan relaciones causales históricas, culturales y determinan, a través de una serie de condicionamientos superpuestos, distintos mecanismos de aprehensión de la realidad, distintas racionalidades incluso, que toman en cuenta no únicamente, ni en forma preferente, lo estructural-económico como referente de "lo social", sino que aluden a deseos, arquetipos, dinámicas de poder, rebasando la explicación del "signo" sólo como el reflejo histórico de las necesidades de los hombres.(4)

Barthes evalúa a Saussure diciendo:

"Es necesario admitir desde ahora la posibilidad de invertir la proposición de Saussure. La Lingüística no es ni una parte, ni siquiera privilegiada de la ciencia general de los signos, es la semiología la que es una parte de la Lingüística". (5)

Lo que en realidad propone Barthes es pensar no solamente en el proceso de comunicación, como la necesidad que da sentido a las significaciones, sino pensar en la comunicación como una relación que se encuentra atravesada, independientemente de los intereses o necesidades concretas que lo motiven, de significaciones que portan por sí mismas cargas históricas y sociales. En este razonamiento el lenguaje es despojado de su inocencia. Deja de ser neutro, deja de ser instrumen-

(4) (Cfr. Barbero, Op. Cit, 55gss)

(5) (Ibid., p. 66).

tal en esta concepción para convertirse en el portador de intereses, de usos de poder, de prácticas culturales, cuyas implicaciones están mucho más allá de las palabras.

La teoría del discurso en Foucault.-

Para Foucault el discurso político, como las otras prácticas discursivas, es susceptible de diferenciación o individualización a partir de categorías que él considera seguras (o casi), como por ejemplo el sistema lingüístico o la identidad del enunciador (Foucault, 1983; 65), lo cual además de constituir al discurso como un objeto teórico específico, abre la posibilidad de efectuar la operación inversa y constituir también, desde el análisis del proceso de enunciación -el contexto histórico del discurso-, a la identidad del enunciador como una singularidad societal. Este proceso se da a partir de la identificación, de los criterios analíticos que han servido para clasificarlo, para constituirlo como un objeto específico. (6)

Ahora bien, lo que permitiría individualizar un referente total, no viene dado automáticamente por la especificidad de esos criterios, sino que ellos mismos son constituidos por la "existencia de reglas de formación para todos sus objetos". Sin embargo estas reglas no se desarrollan uniformemente, sino en "una relación compleja de desfases sucesivos". (7)

(6) (Cfr., Foucault, 1983, 65)

(7) (Ibid., 68)

Estas premisas le sirven para superar la concepción del discurso como una simple colección de signos. El problema no se plantea en términos semióticos, sino que la diversidad y complejidad que insinúan los "desfasajes", inmiscuyen al conjunto de prácticas y relaciones sociales en la producción del discurso:

"Quisiera demostrar que los discursos tales como pueden oírse, tales como pueden leerse en su forma de textos, no son, como podría esperarse, un puro y simple entrecruzamiento de cosas y palabras, que el discurso no es una delgada superficie de contacto entre una realidad y una lengua". (8)

Al contrario, define radicalmente otros términos conceptuales:

"El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse". (9)

Estos antecedentes teóricos conciben al discurso no solamente como el reino de las ideas o la creación de la subjetividad pura, sino como un espacio de acción de los sujetos atravesado por varios tipos de relaciones de dependencia "intradiscursivas": las dinámicas y mecánicas de los objetos y conceptos de una misma relación que se dan entre varios discursos distintos que se influyen mutuamente.

Es irrelevante el hecho de que esas influencias sean asimétricas;

(8) (Foucault, Michel, la arqueología del saber, citado en: Barbero 127)

(9) (Ibid, p. 129)

y "extradiscursivas", o sea que se refieren a las transformaciones que se originan más allá del discurso, en los excenarios sociales, económicos políticos, etc. (10)

Foucault pretende rebasar las lógicas de causalidad que caracterizaron a las grandes teorías del pensamiento previo, por ejemplo la percepción reducida de los estructuralismos marxistas, la ideología como reflejo en segunda instancia de la base, ilustraría precisamente el tipo de reflexión que el francés quiere superar reemplazando la asignación mecánica de funciones sociales por el movimiento continuo de las dependencias, a fin de encontrar las fuentes de los procesos en un "haz polimorfo" y evitar concebir a las rupturas y discontinuidades como hechos monótonos e iguales aunque las circunstancias accesorias de cada una de ellas cambie intrascendentemente. Por ello, al hacer el seguimiento histórico de la forma "discurso" emplea la metáfora del archivo porque lo que se intentaría en esta proposición es encontrar las teorías que definen, no el funcionamiento íntegro de la sociedad, rastreada hasta la historia inmemorial y proyectada al progreso lineal y ascendente, concepción que de una u otra manera supone una teleología que se moldea a través de principios éticos (estos si idealistas), sino rastrear apenas los elementos comunes para definir los límites y formas del dominio del discurso; formular nuevas preguntas: "cómo" se dice, de qué se forma un discurso determinado; ai adopta forma literaria, si científico-tecnológica, si ensayística, etc. Los límites y formas de la "conservación y memoria", qué enunciados y por qué causas trascienden un tiempo determinado,

(10) (Ibid, pp. 69 y ss.).

qué grupos los portan o los censuran. Los límites y formas de la "reactivación", a partir de qué premisas renacen discursos o reflexiones de épocas preteritas, qué demandas satisfacen y por qué condiciones sociales, cuáles se abandonan o mueren. Los límites y formas de la apropiación, individuos clases o grupos en relación con un discurso, cómo se forman y se moldean mutuamente. De lo cual Foucault extrae tres reflexiones centrales:

- "1. Tratar al discurso pasado no como tema para comentario, sino como un 'monumento' por describir en su condición propia.
2. Buscar en el discurso no como en los métodos estructurales, sus leyes de construcción, sino sus condiciones de existencia.
3. Referir el discurso no al pensamiento, al espíritu o al sujeto que ha podido hacerlo nacer, sino al campo práctico en el cual se despliega". (11)

Con lo cual toma, en primer lugar, distancia de las interpretaciones con cargas éticas o teleológicas asumiendo que la investigación del discurso opera sobre una materialidad, un hecho concreto y no sobre un producto etéreo e inasible.

El discurso tiene una historicidad propia, que no es necesariamente la causa de efectos previos y que, al mismo tiempo, responde a un complicado tejido de dependencias sociales; la importancia de diferenciar las condiciones de su existencia respecto de leyes que lo rigen, revela una concepción que no atribuye jerarquías científicas automáticamente sino que concede autonomía interpretativa al discurso, aunque no lo desprende de su entorno.

(11) (Foucault, 1983, 74)

La percepción foucaultiana complejiza en grado sumo los fenómenos de la llamada "superestructura" sin escindirlos de "la sociedad"; al contrario, los entiende como productos y al mismo tiempo condiciones de ella. Finalmente, define el escenario de donde opera el discurso, que no es otro que el de las prácticas sociales. El discurso es, en sí mismo, una práctica y no solamente el reflejo o el vehículo de expresión de las demás prácticas; pero aún más que eso, es una práctica que puede ser -y de hecho es- política porque denota unidades ideológicas y condensa la realidad que expresa.

El discurso, desde esta perspectiva, tiene la capacidad de revelar las condiciones de existencia de su entorno más amplio, que son las suyas propias a nivel general, concebido como práctica social, sin que para este ejercicio sea indispensable descifrar los contenidos simbólicos o estructurales -formales del lenguaje-.

Foucault propone la composición de una "historia general" que admita la singularidad de las prácticas y sus dependencias, en vez de una historia "global" que articule todos los elementos en torno a una forma única. Relativiza la existencia de una historia económica, otra política, otra filosófica o médica, para encontrar un mecanismo que describa las condiciones comunes de su existencia y de su formación. Encuentra, entonces, que el discurso es una relación descriptible con el conjunto de las demás prácticas. La relación fundamental de ese universo por el que decurre la "historia general" es política pues para Foucault se vuelve indispensable reflexionar en el estatuto,

las condiciones de existencia de los discursos y prácticas. En su NACIMIENTO DE LA CLINICA (12), describe la evolución del discurso médico y lo escoge precisamente porque su estructura epistemológica tiene una carga de positividad y complejidad incontestable. Deduce, a partir de este análisis, que la conciencia de los hombres se modifica por los cambios sociales, económicos, etc., y con ello se transforma también su percepción de la enfermedad, transmitiendo esa alteración al andamiaje estructural que corresponde a ese tipo de prácticas.

En la "modernidad" los locos serán reclusos como delincuentes; el cuerpo humano y la idea de la muerte se secularizará, será desacralizada; la medicina para pobres será social y para ricos privada, y una serie de otras consecuencias fueron paralelamente estructurando lo específico del discurso científico, determinando las líneas de investigación, las enfermedades prioritarias, las políticas de salud y las prácticas de las instancias institucionales más amplias, como las estatales.

Foucault concluye que alrededor de este ejemplo puede afirmarse que las nociones básicas de la clínica derivan de una práctica política y de una dinámica general -estructural también- de la sociedad. Las premisas de la medicina moderna denotan un proyecto societal que corresponde a una clase emergente (la burguesía), con un discurso utilitario, empiricista, que se enfrentaba a la naturaleza y encontraba en ella su límite.

(12) (Foucault, 1985).

Este análisis es relevante y posible en todos los demás discursos. Se trata de buscar su modo de existencia y sus relaciones, dependencias y correspondencias a fin de inscribirlos en la urdimbre de esa "historia general".

Así el terreno de su reflexión se dirige a comprender cómo describir las relaciones entre un discurso científico y una práctica política, las que pasan directamente por la conciencia de los sujetos pero no son la expresión automática de otra relación o de una infraestructura económica. Cómo funcionan en esta dinámica las prácticas políticas, las que si bien pueden constituir un discurso científico, no lo hacen arbitrariamente. Ellas no pueden determinar el rigor científico de una ciencia, pero sí su modo de existencia y funcionamiento.

Sobre este mismo tema Gilles Deleuze plantea que Foucault descubre una diferencia entre el "ver" y el "decir", que el problema del conocimiento entonces, no puede absolverse en la atribución de una correspondencia en la realidad respecto de estas dos nociones, sino que hay que acceder a otro nivel que los entrecruza, los teje en un escenario de complejidad social: "Como si el archivo estuviera atravesado por una gran falla que pone en un lado la forma de lo visible y en otro la forma de lo enunciable, ambas irreductibles" y "Es fuera de las formas, en otra dimensión por donde pasa el hilo que las cose una con otra y ocupa el intervalo", hilo que no es otro que el poder:

"Un elemento informal que atraviesa las formas del conocer, pero

que tiene su propio vehículo, su propia forma, que se erige en el proceso de internalización de los valores, saberes que son atravesados y al mismo tiempo dan sustento al poder, en cada uno de los individuos. (13)

Pese a que no hay la menor posibilidad de que a Foucault le quepa el apelativo de "idealista", integra la dimensión de la "individuación" o subjetivación como básica para entender el espacio en donde el poder unifica y da sentido al saber. Es el espacio también donde estos procesos sociales generales toman cuerpo a través del discurso, esta vez entendido como la colección de enunciados que reflejan las relaciones que están sobre y por debajo de él.

A partir de este razonamiento cobraría un valor específico el discurso "el decir", como un elemento que condensa y forma parte de la complicada trama social en la cual el poder no es un epifenómeno sino un constituyente. Los enunciados son más que la expresión de lo posible, o simple vehículo de manifestación del pensamiento o resultados de un previo proceso de abstracción. Hay en Foucault una verdadera revolución epistemológica que dota de nueva jerarquía al discurso pues es por sí mismo real ya que unifica varias relaciones que superan la lectura simple de los contenidos que porta, de modo que, para efectos del presente trabajo, por ejemplo, es perfectamente lícito en esta perspectiva teórica, recurrir al discurso para encontrar

(13) (Deleuze, 1988)

un punto central de referencia de un proceso histórico y político, sin que necesariamente tenga que hacerse una lectura ideológica de sus contenidos, sino que se vuelve posible encontrar en su historia específica, los elementos que permitan hacer una aproximación bastante certera de la historia de su contexto, sin perder jamás de vista lo político.

Esta percepción es descrita por el propio Foucault:

"La teoría como caja de herramientas quiere decir: a) que se trata de construir no un sistema sino un INSTRUMENTO; una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; b) que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica, en algunas de sus dimensiones) sobre SITUACIONES dadas". (14)

De todos estos razonamientos pueden extraerse algunas conclusiones alrededor de la noción foucaultiana del discurso:

En primer lugar el discurso, concebido como la articulación de signos lingüísticos, es una noción insuficiente para captar la profundidad de los procesos sociales que es capaz de evidenciar; no sólo es sino que esta concepción le despoja de la cualidad de realidad y lo convierte en una invención, una suerte de ocurrencia didáctica para comprender los intrincados procesos específicos del lenguaje. La reducción sería seria: absolvería a la sociedad de toda presencia, sobre todo a la evidencia concreta de esa presencia que es el poder.

(14) (Citado en: Deleuze, 1987, 12)

Las explicaciones estructuralistas más tarde darán status teórico a esta posición reduciendo aún más la complejidad, al convertir al discurso en un reflejo especular de las tensiones de la base.

El discurso se define por la "capacidad de articulación de objetos heterogéneos...no es la expresión de instancias extradiscursivas ni obedece meramente a juego extralingüístico". (15)

El discurso existe por sí mismo y tiene una capacidad, una función en el proceso social general. No nace, por supuesto por generación espontánea, pero tampoco es una hoja en blanco que va siendo impresa con los acontecimientos de fuera, al contrario, forma parte del universo donde esos acontecimientos se desarrollan y es -en sí- un acontecimiento.

No existen planos diferentes, por así decirlo entre las palabras y las cosas, ni son contradictorias ni las unas son el resultado de las otras. El proceso no es automático ni siempre igual; las relaciones entre unas y otras podrán o no ser asimétricas. Lo importante para Foucault es que el discurso existe como una relación autónoma y al mismo tiempo articulada al flujo infinitamente posible de otras relaciones sociales, precisamente como la conjunción que liga varias de ellas en un proceso, es decir advirtiéndolo que todos los fenómenos son dinámicos, están en movimiento y por lo tanto se relacionan histó-

(15) (Terán Oscar, 1983, 28)

ricamente o sea políticamente, es decir en torno a las prácticas y usos del poder, cuya expresión más general y social es el Estado, el mismo que puede leerse también en forma paralela desde una perspectiva histórica. (16)

De modo que en el fenómeno discursivo, para Foucault, las palabras son analíticamente "cosas", pues el discurso es la conjunción, la red, el cemento que las vincula existiendo como una referencia de totalidad respecto de la sociedad, pero que se realiza en procesos particulares. Finalmente, esta idea supone que no agota la lectura del discurso la exploración de los sentidos ocultos que subyacen a las estructuras lingüísticas, como tampoco lo explica la descripción de las premisas que están fuera de los fenómenos discursivos. El acercamiento al discurso como objeto de conocimiento tendrá que ser el de una relación válida por sí misma para explicarse, naturalmente en referencia con su entorno y con sus mecanismos específicos de funcionamiento.

- (16) Desde dos percepciones teóricas diferentes el uso del término "política" para los efectos de este trabajo hará relación a las prácticas colectivas que se organizan, a partir de intereses específicos o condicionamientos societales, para participar o influir en dinámicas que involucran decisiones de poder o sea que influyan o participen en procesos de forma de decisiones, inscritos a su vez en procesos de carácter histórico que definen hegemonías como resultado de una serie de relaciones complejas que aluden tanto a polos contradictorios de carácter estructural, como a percepciones culturales y valorativas, en una dinámica que les atraviesa y determina mutuamente. Al respecto podrían complementarse estas dos versiones metodoló-

El concepto del discurso como "situación", en la lógica foucaultiana impediría su asimilación a la categoría "ideología", en la medida que este concepto se refiera a procesos condicionados por la estructura económica, por ejemplo. Esto es claro porque el discurso no es un producto secundario que ronda por encima de relaciones condicionantes, sino que para Foucault, como hemos visto, tiene una existencia y un rango fundamental en la comprensión de la dinámica social.

La visión del filósofo francés complejiza en grado sumo cualquier acercamiento teórico a la realidad social, es un punto de partida con status científico que se eleva de las percepciones estructuralistas de la realidad y lega a las ciencias sociales instrumentos de creación de verdadera poiesis, sin que ellas pierdan ni por un instante su existencia de rigor, pero abre un nuevo mundo que empieza por despojar del peso peyorativo a categorías especulativas.

gicas distintas referidas, sin embargo, a un mismo objeto teórico: "Política significará, pues, la aspiración a participar en el poder o influir en la distribución del poder entre los distintos hombres que lo componen" (Weber, Max, El Político y el Científico, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p.84). "De momento se pueden establecer dos grandes capas superestructurales, la sociedad civil...y la sociedad política que corresponde a la función "Hegemónica" que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad y el "poder de mando directo" que se manifiesta en el Estado y en el Gobierno "jurídico". (Gramsci Antonio, la formación de los intelectuales, Grijalbo, México, 1984,p.30). Este último concepto involucra necesariamente otros como "bloque

"Foucault es un filósofo que inventa la historia con una relación muy diferente de aquella de las filosóficas de la historia. La historia, según Foucault nos circunscribe y nos delimita, no dice lo que somos sino aquello en lo que estamos disintiendo; no establece nuestra identidad sino que la disipa en beneficio del otro que no somos". (17).

Dos visiones contemporáneas del discurso político.-

El marco teórico pensado por Foucault brinda los elementos para superar aquellas reflexiones que no otorgaban autonomía alguna a los fenómenos que ocurren a nivel de lo ideológico político y lo cultural.

El reto actual es reflexionar precisamente acerca de las preguntas legadas por el filósofo francés: "Cómo se produce el discurso?. ¿Qué relaciones lo subyacen? ¿En dónde reside la especificidad del discurso político? lo que traslada la cuestión a otros ámbitos: ¿Cómo opera el discurso en un sistema político concreto?. ¿Cómo se movilizan y qué relación tienen con él los actores y los sectores sociales fundamentales en su producción y la generación de ideología.

Eliseo Verón plantea que es imposible separar al objeto analítico del discurso; es este último el que finalmente construye, para fines

(17) (Deleuze, 1978, 79)

histórico", "consenso" y "coerción". Ambas visiones coinciden en usar al concepto "sistema de dominación" para referirse al espacio societal del poder.

sistemáticos y científicos al objeto. En el caso concreto del discurso político:

"La importancia del análisis del discurso reside en que éste describe estrategias, vale decir, opera en el lugar mismo en que se constituyen los actores sociales. Los actores sociales son, entonces identificables y analizables en su funcionamiento y transformaciones. (18)

Enunciado que es, por ejemplo el fin del presente trabajo, y que desde la perspectiva de estos autores se desarrolla sobre consideraciones teóricas que ubican al estudio del discurso como asociado a un campo de relaciones sociales, las mismas que se identifican en mecanismos significantes de los cuales no hay cómo prescindir para reflexionar sobre la "acción". No cabe deshechar el análisis del discurso porque éste no se corresponde con las prácticas, puesto que más que el análisis de contenidos importaría:

"Identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social". (19)

En este contexto esos mecanismos significantes son indispensables para conocer lo que los actores sociales hacen, con más razón aún si se trata de actores políticos:

(18) (Verón, Sigal, 1985, II)

(19) (Ibid, 13)

"La distinción entre acción y discurso no corresponde en modo alguno distinción entre "infraestructura y superestructura", no corresponde tampoco a la distinción entre 'hacer y decir', puesto que la acción social misma no es determinable fuera de la estructura simbólica que la define como tal". (Idem)

En esta misma dirección, las estructuras simbólicas trascienden el proyecto de su realización: no solamente son instrumentos que sirven para comunicar mensajes, sino que reproducen y desarrollan conjuntos de relaciones que se crean histórica y socialmente.

La estructura simbólica tiene otros roles:

"La función del símbolo político no se agota en comunicar algo...sino que tal comunicación no es más que el supuesto para promover y sustentar el proceso integrador; su función no es sólo dar a conocer una significación, sino transformarla en acción". (20)

Si bien Verón reconoce que las "condiciones sociales de producción de sentido" -un descubrimiento anterior a él- son indispensables para aprehender el orden simbólico como una de las categorías fundamentales del proceso social, considera que hay que diferenciar la teoría comunicativa de la teoría discursiva, en tanto que la primera se remite al punto de vista del autor, mientras que la segunda al del observador. El discurso es una relación compleja entre la producción y la recepción, y su análisis -desde un punto de vista metodológico- supone también concebir la sociedad como el entretrejo de discursos, que a su vez remiten a relaciones complejas de otra índole que los cruzan y se constituyen de ellos al mismo tiempo.

(20) (Castagno, 1980, 12)

Esta noción implica negar la existencia de una forma lineal de circulación y producción. Puesto que las condiciones de la producción del sentido siendo sociales son al mismo tiempo heterogéneas, el sentido será relativo al contexto en donde el discurso se emite y se reconoce. (21)

Si el discurso político, probablemente más que ningún otro está sujeto a la indeterminación relativa de la circulación del sentido, sólo un observador podría dar cuenta de este proceso, desde afuera.

Con los antecedentes expuestos, el problema de acción política y su correspondencia (o no) con las palabras no es el problema del discurso como elemento de referencia de la realidad, pues él se remite a la **matriz significativa** que engendra la acción política, no a las ideas de que está constituido. Desde este punto de vista el observador puede situarse en el plano del reconocimiento (repetición en términos comunicativos) de los elementos que para efectos de nuestro tema central pueden ser vistos como las condiciones de producción del sentido de la emisión del discurso marxista ecuatoriano cuyos contenidos serían el resultado de una compleja trama de articulaciones sociales, culturales e históricas que se revelarían precisamente en el discurso, categoría que analíticamente es más completa que la de ideología.

(21) (Verón prefiere usar los verbos emitir y reconocer para referirse al discurso, artes que, "producir" y "recibir", porque estos últimos harían relación a una lógica comunicacional).

"La relación entre el discurso y sus condiciones **sociales** de producción: esta relación se concreta en el hecho de que el discurso en cuestión exhibe ciertas propiedades que se explican por las condiciones bajo las cuales ha sido producido". (22)

Desde otro punto de vista, Emilio de Ippola, luego de hacer una extensa revisión de las tesis sobre ideología de Althusser y Poulantzas, en boga hace más de veinte años, y de haber criticado esa reflexión que llevó a pensar que la ideología no tiene historia, en tanto es un producto prácticamente automático de la estructura, fundamenta como tesis central de su libro que:

"Lo ideológico no designa a un conjunto de hechos sociales empíricamente recortables, sino a una "dimensión de análisis" de **todo** hecho social...aunque al formularla nos oponemos a toda concepción "topológica", incluso presentada con ropaje marxista, que pretendiera confinar lo ideológico a un determinado "lugar" del todo social. (23)

Afirmación que significa la contradicción con la tesis tradicionalista de algunas versiones marxistas, complejizada luego por Althusser-Poulantzas que exilaban lo ideológico a una buhardilla en la superestructura del edificio social como si ese fuera su "topos" natural. en contraposición el autor menciona a Gramsci como un precursor de la distinción ontológica entre base y superestructura.

(22) (Verón, Sigal, op.cit.p. 19)

(23) (De Ippola, Emilio, 1987, 23)

Son, entonces, las propuestas básicas de Verón las que pueden, en este momento ofrecer una pista para articular la producción ideológica como categoría científica, pero asimilada en conjunto con la producción del hecho discursivo, precisamente porque la "dimensión ideológica" opera como el vínculo entre el discurso y las condiciones sociales a través de la ideología que éste porta. De ahí que se pueden identificar sistemáticamente varios tipos de discurso que se diferenciarían por la estructuración distinta de la dimensión ideológica. Esto hace concluir que todos los discursos portan una carga ideológica pero, por ejemplo el discurso político no es igual al discurso científico porque las condiciones de la producción de ambos son específicas a cada uno.

Al respecto Alvin Gouldner llega a similares conclusiones desestructurando la tesis weberiana que postula que el discurso científico en las ciencias sociales debe estar despojado de valores (carga ideológica).

Gouldner, usando las mismas premisas metodológicas de Weber plantea que el grupo de científicos sociales tendría por valores el "despojarse de valores" y que, en consecuencia esta contradicción es insoluble. (24)

(24) (Gouldner, 1978, Cap. I)

La especificidad del discurso político estaría determinada por sus particulares condiciones de producción, es decir a las condiciones que lo forman y al mismo tiempo son el canal por el cual el discurso se revierte a la sociedad. El discurso político de la izquierda marxista ecuatoriano cambiaría, según cambian esas condiciones, si pensamos que una de ellas y fundamental es el tipo de sistemas político en el que fue producido, si tomamos en cuenta las determinaciones axiológicas de cada época y las expectativas e intereses de aquellos a quienes pretende interpelar; de modo que una periodización de ese discurso, asumiendo estas premisas teóricas, implicaría al mismo tiempo una periodización de la formación social que es su entorno y las modificaciones que ella sufriría se verían reveladas de alguna manera en el discurso de ese agente.

Todas estas categorías tendrían una profundidad lo que se estaría postulando es no solamente otorgar más peso a la "superestructura" de la sociedad -en términos marxistas- sino la coincidencia plena con Foucault arribando a similares conclusiones con premisas teóricas y metodológicas diferentes pues, en última instancia provienen precisamente del marxismo. Lo "ideológico" no es un "nivel" de la sociedad. Opera, tiene existencia concreta como la relación entre los discursos y las condiciones sociales de su producción. En este sentido lo "social", la "base" no sería un caldo de cultivo gigantesco y previo para que surja la vida de lo político y lo cultural; no

es un todo extradiscursivo. Al contrario, lo social y lo discursivo serían términos correspondientes, coextensivos. Sin embargo De Ippola hace una salvedad y se remite a Levy Strauss:

"Ahora bien, pensar lo social bajo la categoría de discurso equivaldría a incurrir también en una forma de reduccionismo (para el caso discursivista), si no se tomara seriamente en cuenta que dicha categoría debe ser enriquecida...coincidimos formalmente con Levy Strauss: Las reducciones que consideramos no serán pues legítimas y ni siquiera posibles más que con dos condiciones, la primera de las cuales es la de no empobrecer los fenómenos sometidos a reducción y la de tener la certidumbre de que, previamente, sea reunido alrededor de cada uno todo lo que contribuye a su riqueza y a su originalidad distintivas". (25)

Este razonamiento da lugar a la elaboración de otra categoría: la de "efecto ideológico" en la que el discurso, actuando como interpelador de agentes sociales, describe al objeto y asume esa descripción como la más correcta, como si fuera la verdad:

"El efecto ideológico es la condición de la producción de la creencia. Para que un discurso genere creencia, debe presentarse como absoluto. Vemos pues la necesidad de distinguir la creencia (asociada al efecto ideológico) del saber (asociado al efecto de conocimiento). (26)

El efecto ideológico aparecería en las relaciones que se generan en la producción -emisión- del discurso, **no en sus contenidos**. De

(25) (De Ippola, 1987, 25)

(26) (Verón, citado por De Ippola, op.cit.,p.171).

ahí que es metodológicamente incorrecto calificar a lo discursivo como "falsa conciencia" o enmascaramiento de la realidad, puesto que se hace una tosca reducción al suponer que el análisis del discurso es el análisis del "efecto ideológico". Al contrario, es la evidencia de la heterogeneidad del entorno social, lo que se revela en la multiplicidad de discurso, que es al mismo tiempo el eje común entre ciencia e ideología, entre realidad y fantasía, entre arte y tecnología, y sus respectivos discursos.

Siguiendo la línea de razonamiento expuesta, una lectura de "efecto ideológico" de un discurso querría decir el análisis de las condiciones sociales de producción del texto, lo cual abre la posibilidad de operar con él como referente válido para la indagación de las circunstancias que rodearon su emisión. En el caso del discurso político el análisis de las condiciones sociales de su producción, implican pensar en las condiciones del sistema político y social, el escenario y los actores, así como en el entorno específico -el microescenario- y las dinámicas particulares en donde se gestó.

Ahora bien las condiciones sociales de producción del discurso se relacionan con éste en el plano de la enunciación, que es "el nivel" del discurso en el que se construye, no lo que se dice, sino **la relación del que habla con aquello que dice**, relación que contiene necesariamente otra relación:

"Aquella que el que habla propone al receptor, respecto de lo que dice". (27)

Esta segunda relación es la que constituye al enunciado.

Por lo tanto en la enunciación un discurso político desarrollaría su relación con las condiciones sociales de su producción. La "ideología", de otra parte designa una articulación de enunciados, o sea representaciones, evaluaciones, opiniones de la realidad; pero el concepto "efecto ideológico" supone la consideración del discurso en relación con las determinaciones sociales que rodearon su emisión. Esto implicaría, entonces, que la continuidad histórica, particularidad y coherencia del DISCURSO de la izquierda marxista ecuatoriana, no se identificaría a partir de aquello que dicen los textos (el plano de los enunciados), sino en el nivel de la enunciación, o sea, en la reflexión sobre las relaciones sociales que lo produjeron, cuyo énfasis serían las determinaciones políticas, en tanto ES UN DISCURSO POLITICO.

Ernesto Laclau, desde una perspectiva neo-marxista, enfatiza en el estudio de los procesos de la superestructura, a la que otorga una autonomía relativa respecto de la base económica. Desde esta visión se acerca a la teoría del discurso, al que considera una práctica articuladora. (28)

(27) (Verón, Sigal, op.cit., pp.20-21)

(28) (Laclau, 1986, 165 gss.)

Luego de criticar diversas escuelas metodológicas que se han acercado al fenómeno del populismo, Laclau propone su discusión desde categorías de clase social para adentrarse en lo que parece ser su objetivo científico: la teoría del discurso político. Constata la existencia de fenómenos de distinta procedencia social y geográfica que pueden ser asimilados al concepto "populismo": Peronismo, maoísmo, etc. y plantea que la fórmula vulgarizada del marxismo que ubica al fenómeno a partir de la atribución de roles de clase, no es suficiente para dar cuenta del hecho.

Un ejemplo de esta reducción es la perspectiva economicista que fuera impulsada por la III Internacional, la misma que hacia de las superestructuras un reflejo de la base económica. Ahora bien Laclau propone encontrar mecanismos teóricos que sin dejar de considerar a la "estructura", o sea las implicaciones del modo de producción en la definición del espacio de lo político e ideológico (lo cual supone pensar en la naturaleza de clase de los movimientos políticos), permitan identificar fenómenos que rebasan la explicación reduccionista que inevitablemente los considera como la instrumentación perversa -o benéfica- de un grupo estructural a través de la "conciencia de clase".

Para Laclau esta interpretación obedecería:

"A la confusión de no haber diferenciado dos aspectos: el problema general de la DETERMINACION DE CLASE de las superestructuras política e ideológica y las FORMAS DE EXISTENCIA DE LAS CLASES al nivel de dichas superestructuras". (29)

Esta consideración implica reconocer como un nivel diferente al espacio de la existencia de las clases con especificidades y comportamientos que no están absolutamente ni especularmente inducidos por la base económica. El hecho, por ejemplo de que el proletariado sea una clase social que existe estructuralmente no significa necesariamente que también exista como clase política, hecho que no necesita más comprobación que observar la conducta política o la decisión electoral de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Por otra parte, la participación política de los sectores que estructuralmente se consideran como "clase", se articula en cambio a proyectos que definen sus especificidades en torno a expectativas intereses y recursos que no cruzan necesariamente lo clasista.

Para resolver la necesidad de ubicar la inserción de la pertenencia estructural con la realidad de las prácticas políticas Laclau define a la clases como:

"Los polos de relaciones de producción antogónicas que, en cuanto tales, no tienen ninguna forma de existencia NECESARIA a los niveles ideológico y político. Afirmemos, al mismo tiempo, la determinación en última instancia de los procesos históricos por las relaciones de producción". (30)

(29) (Laclau, Ernesto, op.cit., p.184)

(30) (Laclau, op.cit., pp.185-186)

Tres conclusiones se derivan de este análisis según Laclau:

En primer lugar que si las clases no existen obligatoriamente a los niveles político e ideológico, el sello de clase de una ideología se da por su forma y no por su contenido, y la forma no es otra cosa que un "principio articulador específico", o sea un discurso que interpela a la sociedad postulando los intereses de clase como si fueran los del conglomerado, concepción que remite a la percepción del sistema social y político bajo nociones gramscianas como bloque histórico y hegemonía.

En segundo lugar, la articulación requiere de contenidos no clasistas, pues se interpela en el discurso político al resto de agentes sociales de modo que, por ejemplo:

"La ideología de una clase dominante no consiste tan solo en una Weltanschauung que expresa ideológicamente su esencia, ya que es también parte del aparato de dominación de dicha clase. La ideología de la clase dominante, JUSTAMENTE POR SER DOMINANTE, no interpela tan solo a los miembros de dicha clase, sino también a los mismos de las clases dominadas. Y la forma concreta en que se verifica la interpelación a estos últimos consiste en la absorción parcial y la neutralización de aquellos contenidos ideológicos a través de los cuales se expresa la resistencia a la dominación". (31)

Esto a su vez lleva a concluir que un discurso hegemónico interpela en

(31) (Laclau, Ernesto, op.cit., pp 187-188)

su interés de clase a contradicciones no clasistas y que también recoge contenidos presentes en el discurso de las clases dominadas. Lo cual también conlleva el riesgo de que la absorción de demandas de las clases hegemónicas desnaturalice el discurso hegemónico e imponga uno nuevo al interior de los aparatos del sistema político. En realidad lo que ocurre es que el plano de la política adquiere una nueva dimensión en la resolución de la dinámica social, constituyéndose en el espacio real de confrontación de las contradicciones sociales, pero en términos de autonomía y vida propia; razonamiento que supera de lejos las tesis reduccionistas que ven en la política solamente en reflejo automático e inerte de lo que ocurre en la estructura económica.

La última conclusión deviene del hecho de que si la pertenencia de clase no coincide necesariamente con la participación y el discurso político, pero si el discurso opera en la forma de articulación de expectativas no clasistas, son los individuos -o las singularidades políticas- los puntos de intersección de las contradicciones.

Ahora bien, esto significa que un individuo puede portar el discurso de una clase a la que no pertenece (Fenómeno de la Alienación). (32). Pero además que el principio articulador proviene de un polo definido por relaciones de producción contradictorias, lo cual implica que solo los sectores sociales devinientes de ellas son los

sujetos políticos con posibilidades hegemónicas, pero la lucha por la hegemonía a su vez supone la existencia en los NIVELES POLITICO E IDEOLOGICO, de lo que sigue que la determinación estructural de una clase no opera sino en la articulación de demandas no clasistas y en la interpelación -a través de ello- a sujetos sociales diferentes.

El instrumento de esta dinámica es el discurso político constituido como principio e instrumento de articulación e interpelación. Es decir como una práctica que condensaría a las otras prácticas sociales.

Partiendo de estas premisas, si la pertenencia a un proyecto de clase que persigue la hegemonía es lo que potencia al principio articulador del discurso político, entonces, las interpelaciones no son el momento que define esa pertinencia, puesto que ellas son heterogéneas y aluden a los otros sujetos estructurales. Ellas serían más bien los contenidos de ese discurso los cuales no tienen necesariamente que revelar el origen estructural del proyecto hegemónico que las liga, puesto que este funciona como una "forma" en los niveles ideológico y político de la sociedad.

(32) Laclau se refiere, /como un ejemplo/, con el término "enajenación" a la falsa conciencia, categoría que en las versiones de divulgación del marxismo designa la colonización ideológica de una clase por otra. Esta sería la percepción Engeliana del proletariado como una clase que tiene "conciencia en sí", mas no "para sí", conciencia que es introducida desde afuera en un proceso que es básicamente político, y que sirvió de justificación teórica a Lenin para diseñar su teoría de "partido de cuadros profesionales" como los portadores que desde afuera de la clase la concientizan. No tiene, pues este término, con la "enajenación" de los escritos filosóficos tempranos

Con estos antecedentes es posible ubicar una conexión de las premisas de Laclau con las de Verón y De Ippola. El proceso de interpelación, definido por la necesidad articuladora de un proyecto hegemónico, correspondería al momento de la "enunciación" del discurso, es decir que estaría definido por las condiciones sociales que son el escenario de su producción.

Los enunciados se vinculan entre sí sobre las expectativas de hegemonía (lucha por el poder) del Productor del discurso. Es precisamente la lucha por la hegemonía lo que vendría a constituir "las condiciones de producción de la creencia" (el efecto ideológico) en el discurso político. Los enunciados -las interpelaciones específicas de un grupo estructural a otros diferentes- cumplen el rol de articuladores de demandas heterogéneas, y pueden por tanto ser asimilados de distintas maneras por diferentes actores, así como atravesados por las condiciones sociales de distintas épocas históricas en las que son aprehendidos. De hecho la propia lectura de Marx por parte de los partidos que se reclaman sus herederos ha tenido implicaciones muy distintas a lo largo de los últimos treinta años. Al respecto plantea De Ippola:

de Marx que hacen relación a la pérdida de la condición humana del trabajador que en el capitalismo ocurre cuando es aislado del objeto de trabajo y también del proceso de trabajo, convirtiéndose en un "apéndice de la máquina". (Laclau, 1986,187gss).

"Ocurre que en el caso de la mayoría de los discursos sociales (esto es socialmente producidos, recibidos y difundidos) existe una gran distancia y una asimetría irreductibles entre sus condiciones de producción directa y sus condiciones de recepción. Esta distancia y asimetría pueden ser de mayor o de menor alcance y de diferente naturaleza, según los casos. Sea como fuere ellas obligan a analizar ambos momentos (producción directa y recepción) como relativamente separados, aunque, por supuesto, no independientes". (33)

La falta de reconocimiento de esta distancia sería, a juicio del autor de la cita, de las limitaciones de la teoría de Laclau.

La clave de interpretación del discurso político, desde el presente marco teórico, se confirmaría en el estudio de las condiciones sociales que rodearon su producción, del mismo modo que ellas serían también la puerta de entrada para estudiar el proceso de recepción de sus enunciados. Análogamente el discurso político tiene la capacidad de representar esas condiciones sociales, puesto que ellas son únicas e irreductibles en el momento de su emisión, revelando además las características del proyecto hegemónico (si es que existe) al que se pertenecen sus interpelaciones.

De todo esto colige que, por ejemplo, la exposición de los momentos de ruptura a lo largo de los últimos treinta años, del discurso de la izquierda marxista ecuatoriana que podrían ser equipados a

(33) (OP. cit., p. 113).

momentos similares en el resto de América Latina, tendría sin duda la capacidad de evidenciar algunos elementos que componen la dinámica política de nuestra formación social y del Subcontinente.

Al respecto las palabras pueden decir mucho, porque ellas mismas son un producto y una práctica social. La dicotomía entre el discurso y la realidad, entre lo que se dice y lo que se hace, puede resultar falsa si se toman en cuenta los antecedentes teóricos que hemos expuesto brevemente. Como se ha visto, el problema del discurso no radica en sus enunciados, sino en el por qué se produce y cómo se recibe. El discurso tiene un movimiento propio y continuidades que no son otra cosa que la expresión de todas las prácticas sociales que lo constituyen.

Por ello el planteamiento del trabajo que se desarrollará a continuación, no consiste sino en el seguimiento de una práctica social central: la discursiva, a fin de elaborar hipótesis que permitan explicar el proceso histórico y político del actor que la produjo. Desde esta perspectiva, y como queda teóricamente justificado, el objeto no es analizar los enunciados, el plano ideológico o lingüístico, de dicho discurso, sino más bien de indagar en las particularidades del proceso social que lo sustenta, en la capacidad articuladora que este tiene, en fin de sentar los elementos para observar su comportamiento en el plano político e ideológico como contradictor de una hegemonía constituida, a la que pretende sustituir.

Desde este punto de vista la observación del discurso político es precisamente un referente válido para acercarse sistemáticamente a la dinámica que lo rodea. Vale decir la noción "discurso de la izquierda marxista" ha servido para constituir la como el "objeto" de la presente reflexión.